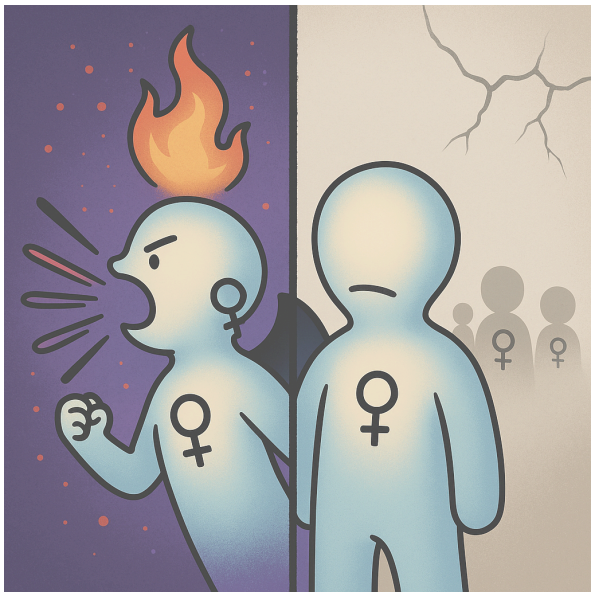
Relato

Donde la institución calla, las Liliths gritan

Claudia Ávila y Aylin Díaz.
Nivel 402, sección 2.



Érase una vez, no hace mucho tiempo, una institución conocida como Deidad. A simple vista, parecía un lugar perfecto, casi tan puro como el mítico Jardín del Edén. Sus valores se alineaban con la moralidad y la armonía. Sin embargo, todo en su interior obedecía a una lógica muy clara: para alcanzar la armonía, debía reinar el orden...

Y para que exista el orden, es necesaria la obediencia.

Durante muchos años, Deidad ha funcionado sin muchos sobresaltos evidentes para el ojo público- Desde afuera, parecía un refugio ejemplar, donde todo marchaba con normalidad. Pero, como ocurre en cualquier lado habitado por Adanes -varón avasallador que, por alguna razón, tiene la posibilidad de ser protegido por Deidad-, lo invisible también existía. Detrás de las puertas cerradas y las sonrisas ensayadas, comenzaron a surgir situaciones que contrariaba los principios y valores que Deidad decía promover. Eran historias pequeñas, discretas, a veces dolorosas, que no cabían en el relato oficial–.

Sin embargo, lejos de enfrentarlas, Deidad, fiel a su ideal de armonía, tomó una decisión tajante: aquello que rompía la imagen debía ser silenciado o camuflado. Lo desordenado debía esconderse, lo incómodo debía maquillarse, y donde si eso no te gustaba debías aguantarte, porque sólo Deidad tenía el poder de generar cambios significativos en aquellas situaciones.

Y así comenzó la historia que nadie contaba. En teoría, Deidad debería estar conformado exclusivamente por Adanes y Evas -mujeres no subversivas que, de forma indirecta, defienden la institución-. Así, reflejando el orden que la institución tanto aspiraba.

Esa debía ser la norma, pero un día, un Adán se atrevió a ir en contra de los principios y valores de la institución. Al principio, sus acciones fueron sutiles, casi invisibles para quienes prefería no mirar. Sin embargo, lo que hizo fue lo suficientemente grave como para que se le hiciera un reclamo formal a Deidad. Un pedido claro, directo, que buscaba simplemente que se actuara con coherencia respecto a los valores que la institución proclamaba, Pero ese reclamo se perdió. Quedó atrapado entre papeles, silencios y burocracias, como si nunca hubiera existido. Y mientras tanto, Adán siguió actuando. Esta vez, lo hizo de forma más evidente, con acciones que afectaron directamente a las Evas. Las dañó, vulneró su seguridad, y dejó expuesto que su poder no era sólo simbólico, sino que podría ser impune.

La noticia corrió como susurro en los pasillos y una gran incertidumbre se hacía presente. Es más, hubo quienes, motivados por la injusticia, decidieron no callar. Un grupo se pronunció ante la violencia institucional y presionó a Deidad para que presten atención e intervengan en la incomodidad e inseguridad constante con las que viven las Evas al no saber qué otra acción Adán llevaría a cabo para afectarlas nuevamente.

Por lo tanto, este grupo se organizó para visibilizar lo que ocurría detrás del velo de la armonía: una violencia disfrazada de orden.

No obstante, Deidad no toleraba el ruido. Por lo que las Evas que se atrevieron a alzar la voz fueron advertidas e identificadas como si fueran una amenaza. Entonces, ellas debían comportarse y reclamar de forma recatada, sin ruido. Pues eso era lo correcto y lo que no traía consecuencias. Aún así, ellas persistieron. Por lo que la institución las tachó de Liliths -este nombre es propio de los antiguos relatos y era símbolo de rebeldía, desobediencia, de lo que no se puede domesticar-. Así, las Liliths de Deidad nacieron como consecuencia de tolerar la violencia institucional y la inseguridad de manera constante. Y, con cada intento por silenciarlas, su voz crecía más fuerte. Además, aunque ellas seguían siendo ellas mismas, ya no eran vistas como parte del Jardín del Edén al que aspiraban ser.

Al ver que la discordia crecía y la fachada de armonía comenzaba a resquebrajarse, Deidad ideó un plan. Declaró que daría una oportunidad a todos: a Adán, a las Evas y también a las Liliths. Todos podrían presentar sus verdades y sus pruebas. Para ello, se les permitió ir con compañeros que también quisieran expresar su postura.

Pero algo extraño ocurrió. Muchas Evas decidieron no presentarse para apoyar. Algunas por miedo, otras por conveniencia, otras simplemente miraron hacia otro lado. Esto trajo como consecuencia que las Evas y Lilith que más necesitaban apoyo para argumentar el por qué la situación es injusta quedaron desamparadas, como si su dolor no mereciera ser escuchado o no mereciera cesar.

Y pronto, la tensión se volvió contagiosa. Las Evas comenzaron a distanciarse de las Liliths. Lo que antes parecía un frente unido se fue

deshilando en silencios, dudas, susurros y cuestionamientos. La sororidad, que alguna vez se construyó, empezó a diluirse.

Así, las injusticias no sólo continuaron... se multiplicaron. Las Evas y Liliths perjudicadas, sin apoyo ni justicia, quedaron a la deriva. Y en los pasillos de Deidad, se murmuraba que toda esa lucha, toda esa intención y valentía de hablar, había sido en vano.

Aún así, las Liliths no se rindieron. Persistieron, organizaron encuentros, alzaron palabras como banderas. Pero el eco que recibían de Deidad era siempre el mismo: silencio. Y ese silencio, sumado al abandono de otras Evas, empezó a erosionar la esperanza. Una a una, algunas Liliths comenzaron a desertar, no porque hubieran dejado de creer que estaban en lo correcto, sino porque ya no podían más.

Sin embargo, aunque muchas Liliths se habían ido, agotadas por el peso del abandono y el eco sordo de Deidad, no todas callaron.

A pesar de aquello, aún queda un grupo que, hasta el día de hoy, hace honor a su nombre con cada paso. Liliths que, a pesar del cansancio, del miedo, de la indiferencia, no están dispuestas a rendirse. Y se niegan a aceptar que el silencio sea destino de su verdad.